

Profesor Enrique de Cepeda In Memoriam

Jesús Dueñas Becerra

Crítico y periodista



Hace algunos días, conocí la triste noticia relacionada con el lamentable deceso del profesor Enrique de Cepeda (1945-2018), quiera fuera —hasta su partida al encuentro con el Espíritu Universal, en ese universo infinito lleno de música, poesía, luz y color, a donde van los buenos como él, que, según José Martí, «aman y crean»— miembro activo de la Cátedra de Estudios *Vivarium*, adscrita al Centro de Estudios Culturales Padre Félix Varela, que funciona en el antiguo Seminario de San Carlos y San Ambrosio, en el Centro Histórico de La Habana.

Cepeda (como era conocido en el medio intelectual y fuera de él) era profesor de idioma inglés en la capitalina Universidad de Ciencias Médicas, licenciado en Lengua y Literatura Inglesas y Máster en Historia Contemporánea por nuestra querida *Alma Mater*, colaborador de la Casa de África de la Oficina del Historiador de La Habana y miembro del taller literario José Lezama Lima, de la Casa de Cultura del municipio de Centro Habana, donde residiera hasta su fallecimiento.

Era un ferviente martiano, autor del artículo «¿Por qué Abdala?», que publicó la revista *Vivarium* (XXII; 2005: pp. 5-9), y que focalizó la atención e interés de prestigiosos intelectuales -como el doctor Pedro Pablo Rodríguez, Premio Nacional de Ciencias Sociales, e investigador titular del Centro de Estudios Martianos (CEM) y la doctora María Poumier, profesora por muchos años de la Universidad París VIII y especialista en la obra martiana-; y por otra parte, un gran conocedor de la influencia africana en la cultura insular, así como en las características psicosociales de ese mestizo único e irrepetible, que vive, ama, crea y sueña en nuestra exuberante geografía tropical, y que se nutre del ajiaco multi-étnico-cultural que, según el sabio, don Fernando Ortiz (1881-1969), condimenta la personalidad básica de la población cubana.

Establecí contacto con el también narrador, traductor e intérprete de la lengua shakesperiana -la cual dominara al igual que la lengua cervantina-, a principios de los años 90 de la anterior centuria en las reuniones trimestrales convocadas por el otrora Centro de Estudios de la Arquidiócesis de La Habana (hoy Cátedra de Estudios *Vivarium*), donde desempeñara la función de secretario de actas (hacía una síntesis magistral de los polémicos temas que se trataban en ese contexto, signado por la ética y el respeto a la diversidad de opiniones en torno a hechos de palpitante actualidad en el sector cultural).

Desde las primeras palabras que intercambiamos, se entabló entrambos una cálida relación, no solo profesional, sino también afectivo-espiritual que nos hizo crecer, sobre todo como seres humanos.

Jamás olvidaré que, en una conversación «formalmente informal», Cepeda me relató lo que le había dicho un estudiante extranjero de Ciencias Médicas respecto a la instrucción, pero no a la educación, que caracteriza a nuestros jóvenes de hoy día. De esa charla, y del dolor que me produjo al saber lo que pensaba ese futuro médico de la juventud cubana, nació la inspiración para escribir los artículos «Los valores se descubren» (www.almamater.cu) y «Los valores se descubren en el seno familiar» (www.radioprogreso.icrt.cu), con los que le daba respuesta a la interrogante que tanto preocupara al profesor Cepeda y al autor de esta evocación literaria.

La última vez que vi con vida a Cepeda fue en el centro habanero Multicine Infanta, adonde asistía con bastante frecuencia, ya que amaba con pasión el séptimo arte. En esa despedida, apenas pudimos intercambiar palabras, porque él se dirigió a una sala y yo a otra. Jamás imaginé que ese sería nuestro postrer encuentro terrenal.

Descanse en paz, profesor Enrique de Cepeda, porque ya puede mostrar al cielo —con legítimo orgullo— su obra acabada.